



ROBERTO FERNÁNDEZ

CATALUÑA
Y EL ABSOLUTISMO
BORBÓNICO

HISTORIA Y POLÍTICA



LIBROS *de* HISTORIA

ROBERTO FERNÁNDEZ

CATALUÑA Y
EL ABSOLUTISMO
BORBÓNICO

HISTORIA Y POLÍTICA



CRÍTICA
BARCELONA



Primera edición: octubre de 2014

Cataluña y el absolutismo borbónico

Roberto Fernández

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Roberto Fernández, 2014

© Edicions de la Universitat de Lleida /Editorial Planeta S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

www.espacioculturalyacademico.com

ISBN: 978-84-9892-741-2

ISBN Edicions de la Universitat de Lleida: 978-84-8409-647-5

Depósito legal: B. 16.456 - 2014

2014. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas S. A.

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Introducción	
HISTORIOGRAFÍA, POLÍTICA Y NACIONALISMO	13
Capítulo 1	
LOS HISTORIADORES QUE VENÍAN DEL SETECIENTOS	49
Capítulo 2	
LOS HISTORIADORES DEL ROMANTICISMO: LAS HISTORIAS DE ESPAÑA	101
Capítulo 3	
LOS HISTORIADORES DEL ROMANTICISMO: LAS HISTORIAS DE CATALUÑA	141
Capítulo 4	
LA FORMACIÓN DEL PARADIGMA DE LA CATALUÑA AGRAVIADA.	235
Capítulo 5	
LOS INICIOS DE LA HISTORIOGRAFÍA NACIONALISTA CATALANA	271
Capítulo 6	
EL REVISIONISMO: JAUME VICENS VIVES Y PIERRE VILAR	349

Capítulo 7

DOS PARADIGMAS ENCONTRADOS	389
--------------------------------------	-----

Capítulo 8

CATALUÑA Y EL ABSOLUTISMO BORBÓNICO	441
---	-----

Capítulo 9

UN DECÁLOGO DE REFLEXIONES	551
--------------------------------------	-----

Epílogo

HISTORiar EN EL SILENCIO DE LAS PASIONES	619
--	-----

Capítulo 1

LOS HISTORIADORES QUE VENÍAN DEL SETECIENTOS

La historiografía catalana tardó un tiempo en convertir el Setecientos en un objeto de atención y estudio. Sin dedicarse específicamente a historiarla, Antoni de Capmany, nieto de una familia austracista, miembro de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, ferviente estudioso de la lengua castellana³¹ y según los diversos autores el mejor historiador y el más destacado intelectual catalán de aquella centuria, ofreció durante la mayor parte de su vida una valoración genéricamente positiva de un régimen en el que participó activa y convencidamente como militar, funcionario, intelectual y político.³²

Así lo podemos comprobar de forma temprana en su primera obra, el *Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de Eruditos a la Violeta*

31. Cf. François Étienne, *Rhétorique et patrie dans l'Espagne des Lumières. L'oeuvre linguistique d'Antonio de Capmany (1742-1813)*, París, 2001.

32. La bibliografía sobre Capmany es cada vez más copiosa aunque todavía resta camino por andar a la vista de la frondosidad, complejidad y trascendencia de su obra. Sin ánimo de exhaustividad, entre las referencias más significativas cabe citar a Ernest Lluch, *El pensamiento económico a Catalunya, 1760-1840*, Barcelona, 1973, pp. 35-55 y «Antoni de Capmany, el primer de tots», *L'Avenç*, 220 (1997), pp. 24-27; Pierre Vilar, «Capmany i el naixement del mètode històric», *Assaig sobre la Catalunya del segle XVIII*, Barcelona, 1983, pp. 83-90 y «Antoni de Capmany, llums i ombres»,

publicado en 1773 con el seudónimo de Pedro Fernández.³³ Elaborada tras abandonar el Ejército y escrita en diálogo con *Los Eruditos a la Violeta* que el también militar José Cadalso había publicado frente a las opiniones críticas de Montesquieu sobre la situación de España, Capmany, desde una óptica optimista sobre las posibilidades transformadoras de las reformas ilustradas propia del círculo sevillano liderado por el perua-

Miscel·lània Ernest Lluch i Martín, Barcelona, 2006, pp. 563-576; Isabel Romà, «Muratori y Capmany: de la crítica erudita al análisis histórico», *Pedralbes*, 4 (1984), pp. 161-186; Horst Hina, *Castilla y Cataluña...*, pp. 42-50 y 67-76; Josep Fontana, «Estudio preliminar» a Antoni de Capmany, *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica política y militar*, Madrid, 1807 (Edición de la editorial Alta Fulla, Barcelona, 1988) y «Antoni de Capmany i les seves *Memorias históricas*», en Antoni de Capmany, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, (prólogo a la edición de Alta Fulla, Barcelona, 2001, pp.5-12); «Antonio de Capmany y Montpalau», *Diccionario biográfico de parlamentarios españoles: Cortes de Cádiz 1810-1814*, Madrid, 2010; Emili Giralt, *Ideari d'Antoni de Capmany*, Barcelona, 1965 y «Aproximació a l'ideari d'un i'l·lustrat», *Catalunya a l'època de Carles III*, Barcelona, 1991, pp. 105-131; Francisco José Fernández de la Cigonya y Estanislao Cantero Núñez, *Antonio de Capmany (1742-1813)*, Madrid, 1993; Ramon Grau y Marina López Guallar, «El pensament historiogràfic d'Antoni de Capmany: de la Il·lustració al romanticisme», en *Primer Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, Barcelona, 1984, vol. 2, pp. 589-596; Ramon Grau, «Les batalles de la historiografia crítica», en Pere Gabriel (dir.), *Història de la cultura catalana. El Set-cents*. Barcelona, 1996, pp. 163-188; *Antoni de Capmany i la renovació de l'historicisme polític català*, Barcelona, 1994 y «Pierre Vilar, Antoni de Capmany i la "gimnàstica mental"», en *El (re) descobriment de l'etat moderna. Estudis en homenatge a Eulàlia Duran*, Barcelona, 2006, pp. 197-215; Ricardo García Cárcel, *Felipe V y los españoles*, Barcelona, 2002, pp. 218-222; Françoise Étienne, «Introducción biográfica y crítica», en Antoni de Capmany, *Centinela contra franceses*, Madrid, 1808 (edición del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales); Javier Antón Pelayo, «Antoni de Capmany (1742-1813): análisis del pasado catalán para un proyecto español», *Obra-doiro de Historia Moderna*, 12 (2003), pp. 11-45, y Andreu Navarra, «Antonio de Capmany, reformista cauto», *La Aventura de la Historia*, 182 (2013), pp. 23-27. Es asimismo interesante consultar el veterano artículo realizado por Fèlix Torres Amat en sus *Memorias para ayudar a formar un Diccionario crítico de los escritores catalanes*, Barcelona, 1836, pp. 145-152, y sobre todo el clásico estudio biográfico de Pablo Valls Bonet, «Biografía de don Antonio de Capmany y de Montpalau», en *Reseña de la función cívico-religiosa celebrada en Barcelona el 15 de julio de 1857 para la traslación de las cenizas de Antonio de Capmany*, Barcelona, 1857, pp. 77-130.

33. Sobre la autoría de Capmany respecto a este texto, cf. Nigel Glendinning, «A note on the authorship of the *Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de Eruditos a la Violeta* para desengaño de los Españoles que leen poco y malo», *Bulletin of Hispanic Studies*, 43 (1966), pp. 276-283.

no Pablo de Olavide,³⁴ y tras recordar que la monarquía hispana había dormido siglo y medio y que era «un cuerpo exhausto y calcinado»,³⁵ señala como señeros vivificadores patrios a Felipe V primero y a Carlos III después, pues en su opinión gracias a ellos España estaba empezando «a gozar de una edad dorada». ³⁶ Opinión que reafirma en su *Discurso* de ingreso en la Academia de la Historia en 1775 al declarar que «debe a todos consolarnos que bajo el augusto trono de Carlos III, monarca hecho para volver su pueblo feliz y sabio, empezamos a prepararnos una edad de oro». ³⁷ Y opinión positiva que en 1782 vendría nuevamente a recordar con ocasión de su entrada en la Academia de Buenas Letras de Barcelona, cuando afirma:

En este siglo sabio la España puede serlo sin embarazo. No yace postrada esta Monarquía como en la época fatal en que el esplendor y grandeza Austríacas iban a desaparecer de la faz de la tierra. Sólo la Providencia divina enviándonos al animoso Nieto de Luis el grande pudo levantar este Reyno de sus ruinas [...] Pero debe a todos consolarnos el que bajo el augusto Reynado de Carlos III, príncipe

34. Ramon Grau y Marina López, «Antoni de Capmany: el primer model del pensament polític català modern», en Albert Balcells (ed.), *El pensament polític català del segle XVIII a mitjan del segle XX*, Barcelona, 1988, pp. 14-20. Sobre las complejas relaciones con Olavide, cf. Antonio Ortega y Sofía Díez, «Catalanes en la colonización de Sierra Morena (Correspondencia entre Olavide y Capmany)», *Boletín del Ilustre Colegio Nacional de Economistas*, 45 (1964), pp. 3-12.

35. En general, Capmany, como otros reformistas ilustrados al estilo de Jovellanos, tenía mala opinión de los últimos Austrias en el sentido de que tanto económica como políticamente habían entregado España a «manos de los extranjeros» provocando «despoblación, pobreza, ociosidad y mendiguez, y una próxima aniquilación de la monarquía». Incluso, en el caso de los pensadores arbitristas, valoran su buena voluntad pero critican su falta de realismo y su escasa capacidad de acción real (Antonio de Capmany, *Cuestiones críticas sobre varios puntos de historia económica, política y militar*, Madrid, Imprenta Real, 1807 (edición de la Editorial Alta fulla, Barcelona, 1988, pp. 19 y 23). De la misma opinión, y parecidas expresiones, es también José Cadalso en sus *Cartas Marruecas* cuando afirma que «a la muerte de Carlos II no era España sino el esqueleto de un gigante» (edición de la editorial Ediciones B, Barcelona, 1988, p. 24).

36. Antonio de Capmany, *Comentario sobre el Doctor Festivo y Maestro de los Eruditos a la Violeta, para desengaño de los españoles que leen poco y malo* (he consultado la edición reproducida por Julián Marías en *La España posible en tiempos de Carlos III*, Madrid, 1963, pp. 181-218).

37. Antonio de Capmany, *Discurso de ingreso en la Academia de la Historia*, en Hans Juretschke, «La contestación de Capmany a Cadalso y su Discurso de ingreso en la Academia de la Historia», *Revista Universitaria de Madrid*, XVIII, 69 (1969), pp. 203-221.

cortado para hacer a su nación sabia y feliz, empezamos a prepararnos una edad dorada luego que logremos ver el templo de Jano cerrado y el de Apolo abierto.³⁸

En la polémica entre conservadores y renovadores, es decir, entre antiguos y modernos, Capmany se sitúa junto a la dinastía borbónica porque considera que se apoya en los «modernos» reformistas moderados que no quieren echar innecesariamente por la borda algunos de los «antiguos» valores hispánicos y que, rechazando convertirse en culturalmente serviles respecto a las aportaciones de otros ilustrados europeos, propician, al mismo tiempo, la renovación de un país que todavía necesita un fuerte empeño regenerador pese a estar mejorando con las nuevas políticas reformistas, las mismas que precisamente han de ponerlo al día de esa «escuela general de civilización» que es Europa y restituirlo en sus antiguas fuerzas de la época de los primeros Austrias. Es un Capmany optimista que está convencido de las bondades que para la necesaria modernización de España representa la idea de progreso sostenida por los ilustrados ingleses y franceses.

Así pues, mediante un patriotismo crítico pero respetuoso con la tradición hispana y sumergido en la creencia de que la idea ilustrada de progreso era una eficaz herramienta vertebradora para la actuación política y la explicación histórica, Capmany apuesta por apoyar a una dinastía que respalda el avance social por acumulación de mejoras graduales de lo que el pasado ha legado, criticando lo inválido de la tradición pero aceptando a su vez aquella parte de la misma que no impedía seguir avanzando por la senda marcada por el nuevo espíritu de la Ilustración para la imprescindible renovación de España. Y su participación reclutando artesanos catalanes para las poblaciones de Sierra Morena, resulta, entre otros, un buen testimonio de su optimismo reformista respecto a las políticas regeneradoras que en esos momentos impulsaba la monarquía borbónica y de cómo las gentes del principado podían aportar importantes contribuciones a las mismas.

Participando de este optimismo que la expansión económica de la época le venía a confirmar, también valora positivamente a la nueva dinastía cuando al publicar en 1779 sus famosas *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la ciudad de Barcelona* recuerda de nuevo que la «Providencia» había enviado a «este reino (España) para reanimarlo a la augusta familia de Borbón representada en su pío

38. Javier Antón, «El discurs de presentació d'Antoni de Capmany a l'Academia de Bones Lletres de Barcelona (1782)», *Manuscripts*, 19 (2001), pp. 163-174 (p. 171).

y animoso Felipe»;³⁹ una Providencia que también «decretó que fuese colocado en el trono de las Españas, al mejor de los príncipes, al más tierno padre de los vasallos, a un héroe en su vida privada y pública, en fin, a Carlos III».⁴⁰ Y no son menos halagadoras sus palabras cuando, en el tercer tomo de las esas mismas *Memorias históricas*, publicado en 1792, reafirma sus elogios hacia el absolutismo borbónico carlotercestista: «¿Qué era la Sierra Morena antes de las nuevas poblaciones, obra inmortal de la grandeza y beneficencia de Carlos III? ¿Qué era, en fin, la España toda antes que entrase a ocupar el trono la Augusta casa de

39. Aunque como veremos más adelante Capmany recordó que Felipe V fue quien acabó por las armas con el régimen constitucional catalán, en *Centinela contra franceses*, publicada en 1808, contempla la guerra de Sucesión, a diferencia de la de Independencia, como una guerra interior entre dos partidos y dos candidatos que eran legítimos aspirantes a monarcas y que, en ambos casos, querían ser españoles: «Se llamaban unos a otros rebeldes y traidores, sin serlo en realidad ninguno, pues todos eran y querían ser españoles, así los que aclamaban a Carlos de Austria como a Felipe de Borbón. Era un pleito de familia entre dos nobilísimos Príncipes, muy dignos cada uno de ocupar el trono de las Españas» (*Centinela...*, p. 19) (En el presente texto se ha utilizado la edición realizada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2008). No sé hasta qué punto esta opinión podría haberla expresado de la misma manera el Capmany de dos décadas atrás con Carlos III viviendo y él mismo ejerciendo de secretario de la Academia de la Historia. En cualquier caso, este parecer le hacía ser respetuoso a la vez con su abuelo austracista, con la memoria de bastantes catalanes y con la dinastía todavía reinante.

40. Antonio de Capmany, *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, Barcelona, 1779. He utilizado la edición realizada por la Cámara de Comercio y Navegación de Barcelona en 1961, que contiene una introducción de Emili Giralt (vol. 1, p. 6). Existe también una más reciente edición en Alta Fulla de 2001 con prólogo de Josep Fontana (vol. 1, pp. II-III). Sobre la relación entre Capmany y la Junta Particular de Barcelona en torno a esta obra, cf. Fernando Sánchez Marcos, «La historiografía del siglo XVIII como espejo del antiguo régimen y primicias de la historia moderna: consideraciones sobre las *Memorias históricas* de A. Capmany y el compendio de *Historia Universal* de C. Buffer», en *Coloquio Internacional Carlos III y su época...*, vol. 1, pp. 91-101 y Fernando Sánchez Marcos y Miquel Pérez Latre, «El mecenazgo historiográfico de la burguesía barcelonesa: las *Memorias históricas* de Capmany», en Luis Miguel Enciso Recio (ed.), *La burguesía española en la Edad Moderna*, Valladolid, 1996, vol. 1, pp. 199-232, y Rosa Maria Subirana, «Las *Memorias históricas* y el *Libro de Consulado*, de Antonio de Capmany. Relaciones entre el promotor y los artistas encargados de su ilustración (1779-1792)», *Actas del VII Congreso español de historia del arte*, Murcia, 1988, pp. 557-564.

Borbón? Un cuerpo cadavérico, sin espíritu ni alma para sentir su misma debilidad». ⁴¹

Salvo sus aceradas críticas a la gobernación de Godoy en tiempos de Carlos IV, idéntica opinión favorable hacia el absolutismo borbónico muestra Capmany en sus *Cuestiones críticas* de 1807, cuando al reflexionar sobre el estado de la economía española recuerda que al finalizar el reinado de Carlos II la situación de España era la de una monarquía en decadencia que los reinados borbónicos habían resucitado colocándola en una mejor situación económica que en los tiempos anteriores. Una mejora producida también en el caso particular de Cataluña, pues Capmany considera que en los tiempos de los Austrias el principado había padecido los inconvenientes de su incorporación a la monarquía imperial así como disfrutado poco o nada de los posibles beneficios. Una mejora de Cataluña que iba ser especialmente visible a partir de su participación en el comercio americano decretada por Carlos III y que había «casi triplicado su vecindario y aumentado la agricultura y la opulencia hasta un grado incomparable con el estado que tenían antes». Una inclusión en el comercio americano que, en opinión de Capmany, finalizaba con la injusta exclusión del tráfico indiano que durante siglos Castilla había realizado sobre los habitantes de la Corona de Aragón como si fuesen extranjeros. ⁴²

Sin embargo, esta genérica (y en algún caso ciertamente algo protocolaria) valoración positiva de buena parte de las actuaciones de los tres primeros reyes Borbones respecto a los españoles en general y a los catalanes en particular le resultó a Capmany compatible con otra opinión que no se abstuvo tampoco de mantener con nitidez. El insigne barcelonés sostenía que, siendo benéfica para las gentes del principado la actuación de los gobiernos borbónicos, la principal protagonista de la recuperación económica y social fue la propia sociedad catalana al mantener dos de sus más preciados valores. El primero, su tradicional ética positiva del trabajo y de la creación de riqueza. Y el segundo, un derivado de la misma como era la buena consideración social hacia los labradores, los comerciantes y los menestrales. Bien al contrario del pueblo castellano, cuyo carácter opinaba Capmany que estaba inclinado al desprecio hacia un trabajo manual que consideraba deshonroso. Por eso, una Cataluña abatida en el siglo «más decadente que conocieron

41. Antonio de Capmany, *Memorias históricas...*, vol. 1, p. 913.

42. Antonio de Capmany, *Cuestiones críticas...*, pp. 70-73.

sus artes, su comercio y navegación» como la existente «en los últimos suspiros del reinado más débil y mísero que experimentó la monarquía española» con Carlos II, supo aprovechar mejor que Castilla las políticas borbónicas iniciadas con Felipe V:

Un pueblo que ha sido rico y poderoso por su industria y actividad, cuando no pierde el carácter, las costumbres y la opinión de sí mismo; va retardando su destrucción extrema, para levantarse y rehacerse al primer impulso que reciba. Tal ha sido el que recibió en el benéfico reinado del Señor Felipe V, feliz época de la resurrección de la prosperidad nacional de estos Reynos.⁴³

Es decir, la reconocida laboriosidad de los catalanes,⁴⁴ capitaneada por sus comerciantes, sus artesanos y sus payeses, resultó para Capmany el revulsivo principal para el progreso de Cataluña. Al igual que aconteció en los esplendorosos tiempos medievales estudiados en sus *Memorias históricas*, la actividad menestral y comercial fue un elemento clave y distintivo que llevó a los catalanes del Setecientos nuevamente al progreso como pueblo. Los comerciantes y los gremios habían ayudado a crear históricamente un carácter catalán hacendoso y emprendedor que fue lo que permitió a Cataluña recuperarse tras la guerra sucesoria. Fue lo que posibilitó que las disposiciones borbónicas tuvieran más éxito que en cualquier otra provincia, porque podían ser bien acogidas y aprovechadas gracias a la mentalidad catalana proclive a valorar el trabajo manual. Ser una «colonia de castores» resultó un factor principal para el espectacular crecimiento catalán setecentista que el Capmany historiador ponía como prueba evidente ante el Capmany político de lo que había que hacer en España para conseguir su progreso. Ahora, en el último cuarto del siglo XVIII, no se tenían las instituciones históricas que habían permitido la visibilidad social y política de menestrales y comerciantes, pero seguía en pie el asociacionismo mercantil y gremial que continuaba otorgando a cada oficio un honor social específico y reconocido por todas las clases de una sociedad adecuadamente estamentalizada, lo que a su vez fomentaba una laboriosidad que se convertía en un factor clave del carácter catalán y en un elemento vital para hacer

43. Antonio de Capmany, *Memorias históricas...*, vol. 1, p. 195.

44. Sobre la evolución de la consideración social del trabajo y su tipología, cf. Fernando Díez, *Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial*, Valencia, 1990 y *Utilidad, deseo y virtud. La formación de la idea moderna del trabajo*, Barcelona, 2001.

resurgir a Cataluña de su etapa de decaimiento de los dos siglos anteriores. En opinión del historiador Capmany, la experiencia medieval y la propia de su siglo demostraban que la burguesía comercial catalana, ahora agrupada en la Junta de Comercio (la misma institución que sufragó sus *Memorias*), era el motor del progreso económico y político del principado y que podía ayudar a serlo de toda España a condición de que los gobiernos reformistas reconocieran que sus propuestas eran el mejor camino hacia el progreso. Unas ideas que, por cierto, iba a sostener en gran medida todo el catalanismo posterior y que resurgió en las posiciones historiográficas del propio Jaume Vicens Vives.

No obstante, es preciso recordar, asimismo, que el reconocimiento del esencial protagonismo de los propios catalanes mediante su capacidad empresarial y laboral defendida por Capmany no se contradice con otra de las convicciones capmanianas más sólidas. A saber: que la emprendedora sociedad catalana estuvo amparada esta vez por unos gobiernos borbónicos que supieron atender parte de sus necesidades desde una planta política absolutista pero reformista, al igual que en el desarrollo económico altomedieval esa laboriosidad se había incardinado eficazmente en un sistema político de corte parlamentario-estamental con una importante presencia mercantil y en el marco de una monarquía que estuvo dispuesta a amparar el crecimiento comercial del principado. Para este Capmany, no importaba tanto el absolutismo que había acabado con el tradicional modelo político catalán como que aquel realizara una política reformista que pudiera casarse con los intereses objetivos de la economía catalana y con la mentalidad de sus habitantes. Y eso ocurrió, en su opinión, desde el momento mismo del reinado del propio Felipe V, que fue quien proporcionó el «primer impulso» para recuperar aquella especie mítica de «democracia burguesa» medieval que para el barcelonés parecieron volver a encabezar en el Setecientos los comerciantes de la Junta Particular de Comercio.

Capmany establece así una tesis que hará camino tanto en la futura historiografía como en la futura política catalana: la intrínseca laboriosidad catalana, sumada a unos gobiernos que la amparen, es capaz de alumbrar una senda de progreso histórico para el país catalán y para el conjunto de los españoles. Cuando en 1718, cuatro años después de finalizar la contienda sucesoria, Felipe V decide hacer de Barcelona el lugar de sus expediciones italianas y fomentar con ello de hecho una parte de la industria catalana, que pasaba entonces a fabricar

los pertrechos militares que antes se compraban en Nápoles, Milán o Flandes, Capmany reconoce una doble realidad. Primero, que «podemos decir que en Barcelona se formaron los primeros asientos de esta suerte de empresas, de cuyo pronto desempeño es buen testimonio la expedición de Sicilia del año 1718». Para, en segundo lugar, recordar a continuación que, a pesar de esta benéfica decisión borbónica, «los oficios no podían haber arraigado con tanta rapidez en Barcelona, si de tiempo inmemorial no los hubiese poseído. Los ejércitos, y mucho menos las guerras, no comunican artes al país que las desconoce».⁴⁵ Junto al también historiador de la época Jaume Caresmar, valora la disposición borbónica como positiva, pero en su interpretación se afana en recordar también, como veremos más adelante cuando al hablar de la economía catalana del siglo, que la misma fue posible porque la capital tenía las condiciones idóneas para que una medida de ese carácter resultara factible y gananciosa para la ciudad y para la monarquía. Barcelona se benefició de la resolución del monarca al ser una urbe que había sabido prepararse para ser receptora de una disposición gubernamental que acabaría resultando fructuosa al potenciar su economía en unos difíciles tiempos de posguerra.

El pensador barcelonés lo dejaba escrito con claridad: al igual que acontecería años después con la liberalización del comercio indiano en 1778, Cataluña era la más preparada entre las provincias españolas para sacar buen provecho a las determinaciones del gobierno, lo era por su tradición industrial y también por su ética de reconocimiento social al trabajo manual. Una mentalidad de la que carecía una Castilla (entendida en sentido amplio) a la que por mucho dinero que se le diera para relanzar su industria, Capmany opinaba que no le serviría de nada mientras no cambiara su manera nobiliaria de ver la vida. Así lo proclama Capmany:

Donde no hay amor al trabajo todo el dinero del erario, o de los particulares ciertamente no lo infundirá; y si, para mayor desgracia, este trabajo es mirado con desprecio y como destino de canalla o de advenedizos extranjeros, todas las gracias y privilegios tampoco le darán estimación [...] Son inmensas las sumas, grandes las esenciones, que se dispensan por el Gobierno de quarenta años a esta parte para animar la industria y las fábricas nacionales; pero yo no veo que las artes sean abrazadas por las gentes que las despreciaban antes, ni que los hijos del artesano

45. Antonio de Capmany, *Memorias históricas...*, vol. 1, p. 453.

sigan el oficio del padre, ni que el que tuvo a su padre o a su abuelo artesano confiese sin rubor tales ascendientes.⁴⁶

O dicho en otras palabras: el carácter particular catalán, creado en el marco de unas determinadas instituciones políticas y gracias a una determinada mentalidad social era, en última instancia, lo que producía aquella desigualdad de riqueza entre Castilla y Cataluña. Es verdad que entre las autoridades y los pensadores reformistas había ahora una buena predisposición hacia el trabajo manual y también por cambiar aquella mentalidad negativa, pero no así en el pueblo castellano, que en opinión del barcelonés todavía lo despreciaba.

Para Capmany, el impulso constante de las manufacturas en Cataluña se debía a la existencia de la continuidad histórica de una axiología favorable al trabajo mantenida a través del ejemplo, la tradición y la educación doméstica:

Los catalanes son industriuosos por espíritu de imitación, reunidos en pueblo, en comunidad nacional, es decir, en el seno de las familias, a la vista de otros que les ayuden con su ejemplo: semejantes a los castores, cuya industria maravillosa queda reducida a un instinto puramente pasivo, cuando se les dispersa y desune de su sociedad.

Es decir, los catalanes eran para Capmany más industriuosos que los castellanos gracias «a un carácter nacional, mas no individual».⁴⁷ Y estas y otras opiniones del insigne pensador, en el sentido de ensalzar la virtud empresarial de los catalanes y la necesidad de ser escuchados por el gobierno central, fueron siempre bien acogidas por los grandes comerciantes e industriales que se sentaban en los sillones de la Junta Particular de Comercio, una institución que debemos recordar que estaba presidida por un intendente nombrado por el rey.

Ahora bien ¿qué opinaba Capmany del antiguo modelo político catalán que fue suprimido por Felipe V? ¿Lo veía con mejores o peores ojos que al absolutismo borbónico? Pues en esta cuestión nuestro autor ofrece en el tiempo dos ponderaciones nada coincidentes.⁴⁸ La primera

46. *Ibídem*, vol. 1, p. 867.

47. *Ibídem*, vol. 1, p. 867.

48. Cf. Javier Antón Pelayo, «Antoni de Capmany (1742-1813)...», pp. 35-36

la escribe en sus *Memorias históricas* y es poco halagadora respecto al veterano sistema catalán:

Por fin aquella forma de gobierno Republicano, que pudo ser útil en las circunstancias de aquellos siglos en que los Reyes eran pequeños y pobres, y las fuerzas de mar y tierra se medían por los subsidios de las Ciudades y de la Nobleza, hubo de degenerar en un perpetuo conflicto de potestades, desde que la Monarquía Española acabada de formar de diversas Provincias, o más bien Naciones, empezó a trabajar en consolidarlas para establecer un solo poder e interés nacional, cuya beneficencia y vigilancia fuese difusiva a todas las partes del cuerpo político [...]. Desde entonces, aquella administración independiente y popular, ganada con singulares servicios, y aún necesaria en los siglos góticos para poblar y civilizar las ciudades y promover la navegación mercantil, sirvió en los reinados de los tres últimos Reyes Austríacos de instrumento para su propia ruina, cuando ya no mantenía más que aquella fiereza, desconfianza e inquietud inherentes a un pueblo libre y pobre, a quien de sus pasadas grandezas y prerrogativas no le quedaban más que las ceremonias y etiquetas.⁴⁹

Queda claro. El veterano sistema catalán había sido útil en su época pero ya no lo era. Había perdido eficacia ante la formación de grandes monarquías en Europa. Ahora lo que convenía era consolidar a la española como nación a partir de la aportación de sus provincias (o «naciones») y evitar los diversos conflictos de «potestades» en aras a que las directrices reformistas del gobierno central llegaran por igual a todas las partes de la misma. Es más, la antigua ordenación «independiente y popular», que había ofrecido espléndidos resultados en unos tiempos que el propio Capmany califica despectivamente de «góticos» se había convertido en la nueva época en un verdadero instrumento de su «ruina» para un pueblo «libre» pero «pobre», al que de sus antiguas atribuciones políticas ya sólo le quedaban las «ceremonias y etiquetas».

Era la opinión de un Capmany entregado al reformismo borbónico al cual servía como funcionario, de un partícipe del sistema que estaba comprobando en persona los bienes que este comportaba para la economía y la vida española en general y la catalana en particular. De alguien que a finales de los años setenta ponderaba las viejas Constituciones catalanas como unas antiguallas que merecían más bien poca consideración en un mundo nuevo que hablaba ya otro lenguaje para otra realidad. ¿Era esta una sincera opinión política de Capmany al contemplar los resultados que Cataluña y España estaban obteniendo merced al refor-

49. Antonio de Capmany, *Memorias históricas*, vol. 1, p. 28.

mismo borbónico o bien era una afirmación políticamente correcta de un miembro de la Academia de la Historia en medio del esplendoroso reinado de Carlos III? Sin descartar del todo que también pudiera existir un punto de lo segundo, me inclino a pensar en favor de la sinceridad del barcelonés en aquellos escritos.

En cambio, tres décadas después, en medio de un progresivo desengaño con el comportamiento del gobierno de Godoy, en una época de grandes dificultades nacionales ante la invasión francesa y considerando que la monarquía se hallaba huérfana al tener al «rey cautivo y a la nación ultrajada», Capmany muestra ahora menos entusiasmo por el absolutismo al tiempo que evidencia una indisimulada estimación por las tradicionales Constituciones catalanas. Era, sin duda, un cambio de opinión que obedecía en buena parte a una extraordinaria coyuntura histórica en la que casi todo se había movido de sitio en el país.

De esta nueva ponderación dejó clara constancia en Cádiz durante su activa tarea en la elaboración de la Constitución española. Lo hizo por escrito en su *Informe* presentado a la Comisión de Cortes en 1809 sobre la necesidad en que se hallaba la monarquía de una Constitución,⁵⁰ y también en su *Práctica y estilo de celebrar Cortes en el Reino de Aragón, Principado de Cataluña y Reino de Valencia*, redactada por encargo de Jovellanos y publicada en 1821 con Capmany ya desaparecido.⁵¹

50. José Álvarez Junco, «Capmany y su informe sobre la necesidad de una Constitución (1809)», *Cuadernos Hispano-Americanos*, 210 (1967), pp. 520-551; Federico Suárez, *El proceso de la Convocatoria a Cortes (1808-1810)*, Pamplona, 1982; José María Portillo, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, 2000, pp. 216 y ss., y Tomás de Montagut, «Antonio de Capmany i de Montpalau y el Derecho Catalán», *e-Legal History Review* 8, (2009). Recordemos que este informe es un encargo de las propias Cortes a Capmany. Se trataba, a propuesta de Jovellanos, de resumir las opiniones que se habían recibido de toda España sobre cuales debían ser los asuntos que tenían que abordarse en las sesiones gaditanas. Por tanto, es el escrito de alguien que está muy bien informado de la opinión pública del momento y de alguien en quien confiaron los diputados por su reconocida personalidad intelectual y política, así como por su preparación como historiador.

51. Antonio de Capmany, *Práctica y estilo de celebrar Cortes en el Reino de Aragón, Principado de Cataluña y Reino de Valencia y una noticia de las de Castilla y Navarra*, Madrid, 1821 (he utilizado la edición realizada por la Editorial Base en 2007). El título de la obra bien pudiera ser un póstumo homenaje al jurisconsulto barcelonés Luis de Peguera, que en 1631 había elaborado una obra titulada *Práctica y estilo de celebrar Cortes en Cataluña*.

Un Jovellanos que en estos asuntos tenía similar parecer al reformista moderado barcelonés.

En su *Informe*, Capmany reaccionaba contra quienes decían que España no había tenido Cortes que pusiesen coto a las posibles arbitrariedades de los reyes y que asegurasen la libertad de los pueblos. Falso. Las había habido y en perfecto funcionamiento antes de que «el despotismo (las) ha vulnerado y condenado al olvido». Las hubo por supuesto en Castilla, aunque:

el poder y representación de las Cortes fue débil e incompleto, pues no fundaron una institución perfecta y legalmente reconocida que señalase el límite de las potestades [dado] que nunca se pensó en formar un cuerpo nacional que velase por la observancia de las leyes y se opusiese a toda usurpación de la potestad ejecutiva.⁵²

Fue Carlos V, con su victoria en Villalar, quien en opinión del historiador barcelonés dio la puntilla a las instituciones representativas castellanas iniciando el camino de reyes con poder absoluto que duró para los hombres y mujeres de Castilla hasta la muerte de Carlos II.

Pero, desde luego, afirma con orgullo y rotundidad Capmany, donde sí las hubo a pleno rendimiento «por espacio de cinco siglos» fue en la Corona de Aragón. ¿Cuándo cesaron? Pues cuando finalmente Felipe V las abolió «en castigo de la resistencia armada que hacían a sus derechos a la Corona de España en la obstinada guerra de Sucesión», o sea: cuando los Borbones culminaron la tarea de los Austrias quitando definitivamente la libertad a las patrias españolas que todavía las conservaban. Es más, sin la contienda y sin la ayuda de sus ejércitos, el barcelonés piensa que el nuevo monarca Borbón «no lo hubiera podido ejecutar, ni lo hubiera intentado; entonces se vio que el cañón era la última razón de los Reyes; desde entonces perdieron aquellas provincias el privilegio y prerrogativa de establecer y defender sus leyes patrias y de imponerse y administrar las contribuciones públicas». Es decir, siguiendo la senda trazada por los propios Austrias y el ejemplo de su abuelo, gracias a su victoria militar Felipe V quiso y pudo anular a las «provincias donde se gozaba de una Constitución o derecho común municipal, [provincias que] no era posible llevarlas a sus fines sin su consentimiento, así fueron las únicas que en la guerra de Sucesión se habían declarado por el partido austríaco con las armas en la mano».⁵³ Unas provincias que,

52. José Álvarez Junco, «Capmany y su informe...», p. 546.

53. *Ibidem*, p. 547

al decir de Capmany, tenían un sistema político que disfrutaba de la enorme virtud, a diferencia de Castilla, de permitir un juego político más representativo en la medida en que facilitaban una superior y más renovada participación política no sólo de la nobleza, sino sobre todo del «estamento popular» de muchas más ciudades y villas que las Cortes de Castilla.⁵⁴

¿Quiere decir Capmany que el veterano sistema no hubiera sido derrocado por Felipe V si no hubiera habido la guerra? ¿Quiere decir Capmany que Felipe V no tuvo intención de acabar con el sistema mientras no se dio la revuelta de los catalanes austracistas? ¿Quiere decir que se aprovechó del resultado de la contienda para acelerar la implantación de las ideas y prácticas que había en la Francia del rey Sol y que no eran extrañas a las intenciones últimas de los Austrias por quienes precisamente luchaban los austracistas catalanes? A mí me parece que sí, que eso quiere decir. Y también quiere decir que lo hizo por las armas porque de otra forma no hubiera sido posible establecer un despotismo a la francesa que bajo el mandato de Versalles logró también paralizar a las Cortes de Castilla para que el nuevo soberano tuviera «libre, absoluta y pacífica autoridad». Quiere decir, en cualquier caso, lo que Capmany afirma comparando sin disimulos los principios de ambos siglos: «Así podemos añadir ahora que la Francia nos despojó a principios del siglo pasado de los restos de nuestra antigua libertad y a principios del presente la misma Francia nos viene a imponer las cadenas de la esclavitud, para que hasta la memoria perdamos de lo que fuimos».⁵⁵ Su rechazo a nuestra vecina aparece nuevamente de manera diáfana por ser la causante última de una doble agresión: acabar con el sistema político tradicional catalán y español en 1714 e invadir España en 1808.

Un Capmany en el epílogo de su trayectoria, decepcionado por el rumbo del cuarto Borbón, en medio de las controversias políticas de un mundo escindido entre conservadores, reformistas y liberales, con una galofobia desbordada, herido por un amor patrio que no soporta que le

54. Así lo narra Capmany: «En las provincias de la Corona de Aragón también se elegían los Síndicos o los Procuradores entre los individuos de sus Consejos, pero en esto las plazas no eran perpetuas, vitalicias, ni hereditarias, ni de la clase aristocrática, como sucedía en la de Castilla, sino anuales y electivas por sorteo de la matrícula misma municipal que se componía sólo de ciudadanos y del estamento popular con exclusión de los nobles y caballeros, cuya clase ya representaba por sí en las Cortes» (Ibídem, p. 549).

55. Ibídem, p. 547.

den lecciones de constitucionalismo ni los franceses ni los más liberales, recordaba que sí, que había habido Cortes y Constituciones pensadas para evitar el poder absoluto de los reyes, ese mismo tipo de poder que precisamente quería establecer Napoleón en toda Europa y también en España. En esas condiciones y por esos motivos, no duda en sacar pecho y mostrar con amor propio de español y de historiador que tanto en Castilla como, sobre todo, en la Corona de Aragón (y por tanto, en Cataluña), había funcionado a plena satisfacción un régimen constitucional que sólo las armas de Felipe V hicieron desaparecer.⁵⁶ Y la reivindicación de la existencia histórica de este constitucionalismo basado en instituciones de derecho público que algunos parecían ignorar, o incluso negar, la hace el barcelonés con orgullo de catalán sin menoscabo de su españolidad. Era una aportación positiva de las Españas de las que Capmany se sabía procedente a la España que Capmany deseaba construir: la Constitución gaditana para la nueva monarquía podía y debía basarse en el derecho histórico español antes que en las ideas radicales francesas. Para el Capmany de Cádiz, España no estaba haciéndose en las Cortes, sino que era una realidad histórica que tenía unos preceptos legales desde los tiempos medievales que debían ser respetados. La nación española estaba reunida en Cádiz, pero esa misma reunión era la prueba de su previa existencia histórica.

Esta admiración, encaminada sobre todo a recordar que en suelo español habían existido Constituciones políticas que a su parecer habían funcionado correctamente en su época, que habían permitido el progreso y que no debían ser ahora ignoradas ni tampoco despreciadas frente al constitucionalismo revolucionario galo, la vuelve a mostrar Capmany en su inacabada «Introducción» a la *Práctica y estilo de celebrar Cortes*. Aquí recuerda que la intencionalidad de la recopilación efectuada era la de:

mostrar al mundo poco instruido de nuestra antigua legislación hasta qué grado de libertad llegaron las provincias de aquella Corona [la de Aragón] en siglos que hoy

56. En su discurso parlamentario del 10 de agosto de 1812, Capmany crítica la decisión de Felipe V y evocaba positivamente el régimen municipal que Barcelona había tenido «hasta el año 1714, en que las armas de Felipe V, más poderosas que las leyes, hicieron callar todas las instituciones libres en Cataluña y Barcelona recibió un nuevo ayuntamiento bajo la planta aristocrática de las demás ciudades de la Corona de Castilla» (Texto reproducido por Francisco José Fernández de la Cigüña y Estanislao Cantero, *Antonio de Capmany...*, p. 190). También en *Diario de sesiones de las Cortes Generales y Extraordinarias*, pp. 3.521-3.522.

se les quiere llamar góticos, por no decir bárbaros, y cual en aquellos tiempos no había gozado ninguna nación en un gobierno monárquico.⁵⁷

El barcelonés no niega que hubiera abusos y fallos en el antiguo sistema, pero afirma que con aquel modelo los vasallos habían vivido felices y los reyes satisfechos de una obediencia y unos servicios que eran voluntarios. Ahora Capmany ya no habla de tiempos góticos en sentido despectivo como hiciera en sus *Memorias*. Había una nación rica y un Estado pequeño. Una nación que se imponía a sí misma los tributos y se los administraba «siempre para su bien y nunca para su daño». Y cuando los reyes lo precisaban, esa nación daba recursos para que les defendieran con las armas, sin que por ello quedase constituido un ejército permanente. Una nación con un orden estamental bien asentado en el que cada cual estaba en su sitio y «todos tenían su parte en el gobierno político, de cuyo concierto resultaba la unidad». Y toda esa arquitectura política fue la que permitió el crecimiento económico y la expansión por el Mediterráneo, siendo los Reyes de Aragón respetados dentro y fuera de España. En suma,

era el país que tenía una Constitución, la cual, por los nudos con que estaba ligada, era por sí misma indisoluble; y así perseveró invulnerable hasta que las armas de Felipe II en Aragón, y las de Felipe IV en Cataluña, intentaron darle algunos asaltos; y últimamente, las de Felipe V las derribaron con mayor poder, por aquel derecho de conquista que se atribuyó con la guerra de Sucesión.⁵⁸

Léase claro, para Capmany el modelo político catalán de origen medieval limitaba el poder absoluto de los reyes, contemplaba la participación política de las diversas clases, garantizaba la armonía social y favorecía el crecimiento económico. Como luego veremos con detalle, una interpretación muy positiva de las instituciones medievales que sería recogida por los historiadores catalanes filoaustracistas desde la muerte del insigne barcelonés hasta nuestros días.

Sin embargo, esta alta valoración histórica del antiguo modelo político no significa que Capmany proponga que la Constitución a elaborar en esos momentos para toda España hubiese de tener la misma naturaleza que aquellas que estuvieron vigentes en la antigua corona aragonesa.

57. Antonio de Capmany, *Práctica y estilo...*, p. V.

58. *Ibidem*, p. VI.